

para mí recordar tu boca muda
 sin risa que se vierta para fuera;
 hace tiempo perdí las huellas suaves
 de tu pecho y tu vientre, bajo el arco
 en tensión de mi cuerpo; y está a punto
 de escaparse tu aroma, para siempre,
 de todo el mundo mío, en que dejabas
 la forma de tu peso sin volumen...
 No sé cuándo veré, bajo mis ojos,
 el color de los tuyos. No sé nada
 de si algún día volveré a tenerte
 y otra vez poseeré lo que he perdido,
 pero si tiemblo de que cuando, acaso,
 se desarrolle el tiempo de esta angustia,
 seamos dos extraños que se buscan
 sin hallarse en la noche de sus almas.

Madrigal de mí mismo

Cuando ya el corazón se me quiebre y
 [vacíe
 tendré una húmeda mancha en la muerta
 [pupila
 y la voz de otro tiempo traspasará mi
 [sueño,
 demandando a los músculos aquel esfuer-
 [zo heroico
 de erguirse entre las sombras y salvar
 [la estatura
 para no ser un poco de polvo sobre el
 [polvo.
 Los huesos, obedientes, cimentarán sus
 [piedras
 y habrá en mi calavera un gesto indife-
 [rente
 ausente el entrecejo que sabe de man-
 [datos,
 pero sin la sonrisa que doblaba a los
 [muertos.
 Cuando alguno me encuentre —restos de
 [una centuria—
 deseo solamente ser ya tan poca cosa
 que a la Antropología no le sirve de nada.

Poema sin recuerdo

¿En qué ciudad, Dios mío? ¿En ésta o
 [en aquélla?
 ¿Junto al mar que se teje en las rocas
 [dormidas
 o junto a la montaña, catadora de cielos?
 ¿En qué ciudad? ¿En una donde erguida
 [la Palma
 con sus verdes puñales hería el aire ra-
 [diente
 o en otra que aromaba naranjo y limo-
 [nero?
 ¿En aquélla de escarcha velando en los
 [cristales
 el helado paisaje de nieve y muertas hojas
 o en la de más allá donde un mar blanco
 [y perla
 era la primavera del agua, y en la costa
 mariposas y flores eran fresco rocío?
 ¿En qué ciudad, Dios mío, fué aquel en-
 [cuentro mágico
 y en qué calle olvidada, de puertas y son-
 [risas,
 con ventanas cerradas y sin llanto de ni-
 [ños?
 ¿En qué ciudad, si sólo se salvó en mi
 [memoria
 una noche anhelante de estrellas y de luna
 cuando el amor tenía plenitudes de nardo
 bajo la blanca luz y los ojos herían
 con su llama sin fuego los propios cora-
 [zones?
 ¿En qué ciudad? En una, en otra, en
 [aquélla
 o en ésta los contornos de la imagen que
 [entonces
 creía inolvidable, sólo tienen un turbio
 halo de claridad en mi recuerdo yerto.
 ¿Qué importa la ciudad y la calle, si todo
 perdido en otras muchas no volveré a vi-
 [virlo,